



Seix Barral Biblioteca Formentor

Richard Adams

La colina de Watership





Seix Barral Biblioteca Formentor

Richard Adams

La colina de Watership

Traducción del inglés por
Pilar Giralt Gorina
y Encarna Quijada

Primera parte

El viaje

1. *El letrero*

CORO: ¿Por qué gritáis así, si no es por una visión de horror?

CASANDRA: La casa apesta a muerte y sangre derramada.

CORO: ¿Y qué? Sólo es el olor del altar del sacrificio.

CASANDRA: El hedor es como un aliento de la tumba.

Esquilo, Agamenón

Ya no quedaban primaveras. En la linde del bosque, donde el terreno se abría y descendía hasta una vieja valla y una zanja llena de zarzas, sólo unos pocos pálidos retoños amarillentos asomaban aquí y allá entre el mercurial perenne y las raíces de los robles. Al otro lado de la valla, la parte alta del campo estaba plagada de madrigueras de conejo. En algunos lugares el suelo aparecía desnudo y por todas partes se veían montoncitos de excrementos secos a través de los cuales sólo crecería la hierba de Santiago. A unos cien metros de distancia, al fondo de la cuesta, fluía el arroyo, de apenas un metro de anchura, medio ahogado por ranúnculos, berros y vincas azuladas. El camino de carros pasaba junto a una alcantarilla de ladrillos y subía la cuesta de enfrente hasta un portón de cinco barrotes en el seto de espinos. La puerta conducía al sendero.

Las nubes enrojecían el atardecer de mayo y aún faltaba media hora para el crepúsculo. La pendiente seca estaba salpicada de conejos. Algunos mordisqueaban la hierba menuda que crecía junto a sus madrigueras, otros se aventuraban a ir más lejos en busca de dientes de león o tal vez una primula que los demás no hubieran visto. Aquí y allá podía verse a alguno erguido sobre los cuartos traseros sobre un hormiguero, mirando alrededor con las orejas tiesas y el hocico al viento. Pero la presencia de un mirlo que cantaba tranquilo en la linde del bosque demostraba que no había nada que temer allí, y en la otra dirección se exten-

dían las riberas del arroyo, vacías y silenciosas. La madriguera estaba segura.

En lo alto de la pendiente, muy cerca del cerezo silvestre donde cantaba el mirlo, había un pequeño grupo de agujeros casi oculto tras los zarzales. En la penumbra verde, en la boca de uno de estos agujeros, había dos conejos sentados lado a lado. Al rato el más grande de los dos salió y se deslizó por la pendiente, protegido por las zarzas, hasta la zanja, y luego trepó hasta el campo. Poco después el otro le siguió.

El primer conejo se detuvo en un lugar soleado y se rasgó la oreja con rápidos movimientos de la pata trasera. Aunque sólo tenía un año y no había alcanzado su talla definitiva, no tenía el aire temeroso de la mayoría de «vagabundos», es decir, de los conejos vulgares y corrientes de un año que, ya sea porque carecen de ascendencia aristocrática o de tamaño y fuerza excepcionales, son rechazados por sus mayores y viven como pueden —a menudo al aire libre— en los alrededores de su madriguera. Éste parecía saber muy bien cómo cuidar de sí mismo. Tenía un aire astuto y vivaracho cuando se incorporó, miró alrededor y se frotó la nariz con las patas delanteras. En cuanto se convenció de que todo iba bien, bajó las orejas y empezó a mordisquear la hierba.

Su compañero parecía menos tranquilo. Era pequeño, de ojos grandes y fijos, y tenía un modo de levantar y volver la cabeza que sugería, más que cautela, una especie de constante tensión nerviosa. Movía continuamente el hocico y cuando un abejorro se posó zumbando en una flor de cardo detrás de él, se sobresaltó y giró en redondo tan bruscamente que dos conejos que estaban cerca echaron a correr hacia la madriguera antes de que el más próximo, un macho con las puntas de las orejas negras, lo reconociera y siguiera comiendo.

—Oh, sólo es Quinto —dijo el conejo con las puntas de las orejas negras—, que ha vuelto a asustarse de un abejorro. Venga, Espino Cervel, ¿qué me decías?

—¿Quinto? —dijo el otro conejo—. ¿Por qué lo llaman así?

—Quinto de la camada. Fue el último... y el más pequeño. Sorprende que aún no le haya pasado nada. Siempre digo que un hombre no podría verlo y un zorro no lo

querría. Aun así, admito que parece tener habilidad para eludir el peligro.*

El conejo pequeño se acercó más a su compañero, brincando sobre sus largas patas traseras.

—Alejémonos un poco más, Avellano —dijo—. ¿Sabes?, hay algo extraño en la madriguera esta tarde, aunque no puedo precisar de qué se trata. ¿Bajamos al arroyo?

—Está bien —contestó Avellano—, y de paso podrás buscarme una prímula. Si tú no la encuentras, nadie podrá.

Se adelantó por la pendiente y su sombra se alargó detrás de él sobre la hierba. Llegaron al arroyo y empezaron a mordisquear y buscar junto a las rodadas del camino.

No mucho después Quinto encontró lo que buscaban. Las prímulas son una exquisitez entre los conejos y por lo general quedan muy pocas a finales de mayo en la vecindad de una madriguera, por pequeña que sea. Aquella en particular no había florecido y sus hojas planas estaban casi escondidas bajo la alta hierba. Iban a empezar a comerlas cuando dos corpulentos conejos llegaron corriendo desde el otro lado del paso del ganado.

—¿Prímulas? —dijo uno—. Muy bien, ya nos ocupamos nosotros. Vamos, deprisa —añadió, al ver que Quinto vacilaba—. ¿Es que no me has oído?

—La ha encontrado Quinto, Linaria —dijo Avellano.

—Y nosotros nos la comeremos —replicó Linaria—. Las prímulas son para los *Owsla*,** ¿no lo sabías? Si no lo sabes, con mucho gusto te lo enseñaremos.

Quinto ya se había alejado. Avellano le alcanzó junto a la alcantarilla.

—Estoy harto de esto —dijo—. Siempre pasa lo mismo. «Éstas son mis uñas, así que ésta es mi prímula.» «Éstos

* Los conejos sólo saben contar hasta cuatro. Todo lo que pase de ahí es *Hrair*, «un montón», «un millar». De este modo, dicen *U Hrair* («los Mil») para referirse colectivamente a sus enemigos, los *elil*, como ellos los llaman: zorros, comadrejas, armiños, búhos, gatos, el hombre, etc. Seguramente había más de cinco crías en la camada en que nació Quinto, pero su nombre, *Hrai-roo*, significa «pequeño mil», o «el más pequeño de un montón».

** Casi todas las madrigueras tienen una *Owsla*, un grupo de conejos despiertos y fuertes, de dos años o más, que rodean al Conejo Jefe y su hembra y ejercen autoridad. Las *Owsla* varían. En una madriguera puede ser la banda de un señor de la guerra. En otra puede estar formada sobre todo por inteligentes patrulleros o saqueadores de huertos. En ocasiones se puede encontrar entre ellos un buen narrador, o un vidente o conejo intuitivo. En la madriguera de Sandleford, la *Owsla* tiene un marcado carácter militar (aunque no tanto como otras, como veremos más adelante).

son mis dientes, así que ésta es mi madriguera.» Te aseguro que si alguna vez entro en la Owsla, trataré a los vagabundos con un poco de decencia.

—Bueno, tú por lo menos esperas entrar en la Owsla algún día —contestó Quinto—. Aún tienes que ganar peso y eso es más de lo que yo nunca conseguiré.

—¿Es que crees que dejaré que te espabiles solo? —dijo Avellano—. Aunque, para serte sincero, hay veces que me dan ganas de irme de esta madriguera para siempre. En fin, olvidémoslo ahora y tratemos de disfrutar de la tarde. ¿Qué te parece si cruzamos el arroyo? Habrá menos conejos y podremos tener un poco de paz. A menos que no lo consideres seguro... —añadió.

Su modo de decirlo sugería que, en efecto, creía que Quinto lo sabría con más certeza que él mismo, y la respuesta de aquél dejó claro que existía un acuerdo tácito entre ellos al respecto.

—No, es bastante seguro —respondió Quinto—. Si noto que hay algún peligro, te lo diré. Pero no es exactamente un peligro lo que presiento en este lugar. Es... no sé, algo opresivo, como el trueno: no sabría decir qué, pero me preocupa. De todos modos, iré contigo.

Corrieron por encima de la alcantarilla. La hierba era espesa y húmeda junto al arroyo y treparon por la pendiente opuesta en busca de terreno más seco. Parte de la ladera estaba en sombras, porque el sol estaba bajando delante de ellos, y Avellano, que quería un lugar cálido y soleado, continuó hasta que estuvieron muy cerca del sendero. Cuando llegaron al portón se detuvo, mirando de hito en hito.

—Quinto, ¿qué es aquello? ¡Mira!

Un poco más adelante se veía que habían removido la tierra hacía poco, pues había dos montones sobre la hierba. Unos pesados postes que olían a creosota y pintura se elevaban tan altos como los acebos del seto, y la tabla que sostenían proyectaba una larga sombra que trepaba por la pendiente del campo. Cerca de los postes habían dejado olvidados un martillo y unos cuantos clavos.

Los dos conejos se acercaron a saltos a la tabla y se acurrucaron entre unas ortigas frente a ella; de algún lugar entre la hierba les llegó el olor de una colilla apagada y fruncieron los hocicos con desagrado. De pronto Quinto se estremeció y se hizo un ovillo.

—¡Oh, Avellano, es de aquí de donde viene! Ahora lo sé... ¡algo malo! Algo terrible... que está cada vez más cerca.

Empezó a gimotear de miedo.

—¿Qué es... qué quieres decir? ¿No habías dicho que no había peligro?

—No sé qué es —contestó Quinto, con tristeza—. En este momento no hay ningún peligro aquí. Pero se acerca... se acerca. ¡Oh, Avellano, mira! ¡El campo! ¡Está cubierto de sangre!

—No seas tonto, sólo es la luz del crepúsculo. ¡Vamos, Quinto, no hables así, me estás asustando!

Quinto siguió temblando y llorando entre las ortigas mientras Avellano intentaba tranquilizarlo y averiguar qué era lo que lo había puesto fuera de sí. Si estaba aterrizado, ¿por qué no corría a refugiarse en un lugar seguro, como haría cualquier conejo sensato? Pero Quinto no podía explicarlo y cada vez estaba más angustiado. Al final Avellano dijo:

—Quinto, no puedes quedarte aquí llorando. Está oscureciendo, así que será mejor que volvamos a la madriguera.

—¿Volver a la madriguera? —sollozó Quinto—. Irá hasta allí... ¡no creas que no irá! Te digo que el campo está lleno de sangre...

—Basta ya —dijo Avellano con firmeza—. Deja que me cuide un poco de ti. Sea cual sea el problema, es hora de regresar.

Bajó corriendo por el campo y cruzó el arroyo hasta el paso del ganado. Allí tuvo que demorarse porque Quinto —envuelto por el apacible atardecer veraniego— quedó como inútil y casi paralizado de terror. Cuando Avellano consiguió por fin llevarle hasta la zanja, al principio se negó a meterse bajo tierra y Avellano casi tuvo que empujarle por el agujero.

El sol desapareció detrás de la ladera opuesta. El viento se hizo más frío, salpicado de lluvia, y en menos de una hora oscureció. El color se desvaneció del cielo; y aunque el tablón junto al portón crujía ligeramente en el viento nocturno (como para hacer notar que no había desaparecido en la oscuridad, sino que seguía aguantando firme donde lo habían puesto), ningún transeúnte pasó ni leyó las le-

tras intensas y claras que cortaban la superficie blanca como cuchillos negros. Decían:

PROPIEDAD DE SEIS ACRES,
SITUADA EN UN ENTORNO PRIVILEGIADO,
DESTINADA A LA CONSTRUCCIÓN
DE MODERNAS RESIDENCIAS DE GRAN CALIDAD.
SUTCH Y MARTIN, LTD. NEWSBURY, BERKSHIRE.

2. *El Conejo Jefe*

El oscuro estadista, cargado de pesos y pesares,
como una espesa bruma de medianoche, se movía
tan lentamente,
que ni se quedaba ni se marchaba.

Henry Vaughan, *El mundo*

En la oscuridad y el calor de la madriguera, Avellano se despertó de improviso, debatiéndose y agitando las patas traseras. Algo lo atacaba. No percibía olor de hurón ni de comadreja. Ningún instinto le decía que echase a correr. Se le aclaró la cabeza y comprendió que estaba solo con Quinto. Era Quinto el que se le subía encima, arañándole y agarrándose a él como un conejo espantado que intenta trepar por una alambrada.

—¡Quinto! ¡Quinto, despierta, tonto! Soy Avellano. Vas a hacerme daño. ¡Despierta!

Lo sujetó. Quinto forcejeó y se despertó.

—¡Oh, Avellano! He tenido un sueño horrible. Tú también salías. Estábamos sentados en el agua y bajábamos por un río grande y profundo, y entonces me di cuenta de que íbamos sobre una tabla, como ésa que hay en el campo, toda blanca y cubierta de rayas negras. Había otros conejos, machos y hembras. Pero cuando bajé la vista vi que la tabla estaba hecha de huesos y alambre; grité y tú dijiste: «Nada... a nadar todo el mundo»; y después te buscaba por todas partes e intentaba sacarte de un agujero de la orilla. Te encontré, pero tú dijiste: «El Conejo Jefe debe ir solo», y te alejaste flotando por un oscuro túnel de agua.

—Bueno, por lo pronto me has destrozado las costillas.

¡Conque un túnel de agua! ¡Qué tontería! ¿Podemos volver a dormir ahora?

—Avellano... el peligro, la cosa terrible. No se ha marchado. Está aquí, a nuestro alrededor. No me digas que lo olvide y me eche a dormir. Debemos marcharnos antes de que sea demasiado tarde.

—¿Marcharnos? ¿De aquí, quieres decir? ¿De la madriguera?

—Sí. Pronto. No importa adónde.

—¿Sólo tú y yo?

—No, todos.

—¿Toda la madriguera? No seas bobo. No vendrán. Dirán que has perdido el juicio.

—Entonces estarán aquí cuando llegue lo malo. Tienes que hacerme caso, Avellano. Créeme, algo horrible nos acecha y tenemos que marcharnos sin demora.

—Bueno, supongo que lo mejor será que vayamos a ver al Conejo Jefe y que se lo cuentes. O lo intentaré yo. Pero no creo que la idea le haga mucha gracia.

Avellano abrió la marcha y bajó por la pendiente del corredor y luego subió hacia la cortina de zarzas. No quería creer a Quinto, pero le daba miedo no hacerlo.

Pasaba un poco de *ni-Frith*, o mediodía. Todos los conejos estaban bajo tierra, en su mayoría dormidos. Avellano y Quinto caminaron un trecho por el exterior y luego entraron por un agujero ancho y abierto excavado en la tierra; bajaron por diversos pasadizos hasta que se internaron unos nueve metros en el bosque, entre las raíces de un roble. Allí los detuvo un conejo grande y corpulento, uno de los Owsla. Tenía un curioso y tupido mechón de pelo sobre la coronilla que le confería un aspecto extraño, como si llevara una especie de gorra. Por este motivo lo llamaban *Thlayli*, que significa, literalmente, «Cabeza de Piel» o, como podría decirse, «Pelucón».

—¿Avellano? —dijo Pelucón, olisqueándolo en el profundo crepúsculo que reinaba entre las raíces del árbol—. Eres Avellano, ¿verdad? ¿Qué haces aquí? ¿Y a esta hora del día? —Simuló no ver a Quinto, que aguardaba a alguna distancia en el pasadizo.

—Queremos ver al Conejo Jefe —dijo Avellano—. Es importante, Pelucón. ¿Puedes ayudarnos?

—¿Ayudaros? —replicó Pelucón—. ¿Él también ha de verlo?

—Sí, es preciso. Confía en mí, Pelucón. No acostumbro a presentarme aquí de esta manera, ¿verdad? ¿Acaso te he pedido alguna vez que me llevaras ante el Conejo Jefe?

—Bueno, lo haré por ti, Avellano, aunque es probable que me gane un buen rapapolvo. Le diré que te considero un tipo sensato. Seguro que él ya te conoce, claro, pero está envejeciendo. Espera aquí, ¿quieres?

Pelucón se adentró unos pasos por el corredor y se detuvo a la entrada de una gran madriguera. Después de decir unas palabras que Avellano no pudo entender, le hicieron entrar. Los dos conejos esperaron en silencio, interrumpido sólo por el nerviosismo de Quinto.

El nombre y título del Conejo Jefe era *Threarah*, que significaba «Señor del Serbal». Por alguna razón siempre se dirigían a él como «*El Threarah*», quizá porque daba la casualidad de que cerca de la madriguera sólo había un *threarah*, o serbal, del que había tomado el nombre. Había ganado su posición no sólo por la fortaleza en su juventud, sino también por su buen juicio y una cierta indiferencia que contrastaba con el comportamiento impulsivo de la mayoría de conejos. Era de todos sabido que nunca se dejaba alterar por un rumor o un peligro. Había conservado la serenidad —algunos decían que la frialdad— durante la terrible epidemia de mixomatosis, expulsando despiadadamente a cualquier conejo que parecía haber enfermado. Había rechazado cualquier propuesta de emigración masiva e impuesto un aislamiento total a la madriguera, salvándola así casi con seguridad de la extinción. También había sido él el que se enfrentara en una ocasión a un armiño especialmente molesto, conduciéndolo hasta las jaulas de los faisanes y de ese modo (con riesgo de su vida) ante la escopeta del guarda. Ahora estaba envejeciendo, como decía Pelucón, pero conservaba la cabeza bastante clara. Cuando hicieron entrar a Avellano y Quinto, los saludó cortésmente. Los Owsla, como Linaria, amenazaban e intimidaban. El *Threarah* no tenía necesidad de hacerlo.

—Ah, Nogal. Eres Nogal, ¿verdad?

—Avellano —respondió Avellano.

—Avellano, claro. ¡Qué amable eres al venir a verme! Conocí bien a tu madre. Y tu amigo...

—Mi hermano.

—Tu hermano —rectificó el *Threarah*, y por el tono de

su voz parecía estar diciendo: «No me corrijas más, ¿quieres?»—. Sentáos. ¿Queréis un poco de lechuga?

La lechuga del Conejo Jefe la robaban los Owsla de un huerto, a medio kilómetro de distancia a través de los campos. Los vagabundos raras veces veían lechuga. Avellano tomó una hoja pequeña y la mordisqueó con educación. Quinto la rechazó y se sentó parpadeando y rebulléndose con nerviosismo.

—Bueno, ¿y cómo os van las cosas? —inquirió el Conejo Jefe—. Decidme qué puedo hacer por vosotros.

—Veréis, señor —dijo Avellano, vacilante—, se trata de mi hermano Quinto, que ha venido conmigo. Suele adivinar cuándo va a ocurrir algo malo y siempre acaba teniendo razón. El otoño pasado sabía que iba a haber la inundación, y a veces adivina dónde han puesto una alambrada. Y ahora presiente que un grave peligro amenaza a la madriguera.

—Un grave peligro. Sí, ya veo. Es muy preocupante —dijo el Conejo Jefe, sin parecer en absoluto preocupado—. Veamos, ¿qué clase de peligro? —añadió, mirando a Quinto.

—No lo sé —contestó Quinto—, pe-pero es malo. Es tan ma-malo... es muy malo —concluyó con aire desgraciado.

El Threarah esperó cortésmente unos minutos y luego dijo:

—Y bien, ¿qué se supone que deberíamos hacer?

—Marcharnos —dijo al instante Quinto—. Irnos muy lejos. Todos nosotros. Ahora mismo. Threarah, señor, debemos marcharnos.

El Threarah esperó de nuevo. Entonces, con una infinita comprensión en la voz, dijo:

—¡Vaya, nunca lo habría dicho! Ésas son palabras mayores, ¿no crees? ¿Y qué piensas tú?

—Bueno, señor —dijo Avellano—, mi hermano no razona los presentimientos que tiene. Los siente y basta, si entendéis lo que quiero decir. Estoy seguro de que vos sois la persona indicada para decidir lo que debemos hacer.

—Vaya, es muy amable por tu parte decir eso. Confío en serlo, efectivamente. Pero ahora, queridos muchachos, pensemos un poco en esto, ¿os parece bien? Estamos en mayo, ¿verdad? Todo el mundo está ocupado y la mayoría de conejos se divierten. No hay ningún elil en kilómetros a la redonda, o al menos eso me han dicho. Ninguna enfermedad, muy buen tiempo. Y quieres que diga a la madri-

guera que este joven, ejem, joven, ejem, hermano tuyo aquí presente ha tenido una corazonada y todos debemos irnos corriendo campo a través hasta quién sabe dónde y afrontar las consecuencias, ¿eh? ¿Qué crees que dirán? Todos estarán encantados, ¿verdad?

—Aceptarán lo que vos digáis —dijo de repente Quinto.

—Es muy amable de tu parte —repitió el Threarah—. Bueno, quizá sí lo harían, quizá sí. Pero tendría que reflexionar detenidamente en la cuestión. Es un paso muy serio, naturalmente. Y además...

—Pero no hay tiempo, Threarah, señor —espetó Quinto—. Puedo sentir el peligro como un alambre alrededor de mi cuello... como un alambre... ¡socorro, Avellano! —gritó, y rodó por la tierra, agitando frenéticamente las patas, como hacen los conejos que han caído en un lazo. Avellano lo sujetó con las patas delanteras y él se apaciguó un poco.

—Lo lamento muchísimo, Conejo Jefe —dijo Avellano—. Se pone así a veces. Estará bien dentro de un minuto.

—¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Pobrecillo, quizá debería ir a casa a descansar. Sí, será mejor que te lo lleves. Bueno, ha sido de veras muy de agradecer que hayas venido a verme, Nogal. Lo aprecio muchísimo y estudiaré detenidamente todo lo que me habéis dicho, te lo aseguro. Pelucón, espera un momento, ¿quieres?

Mientras Avellano y Quinto se dirigían, cabizbajos, a la salida de la madriguera del Threarah, oyeron la voz del Conejo Jefe adoptar un tono bastante más severo, punteado por esporádicos «Sí, señor», «No, señor».

Como había predicho, Pelucón estaba recibiendo su rapapolvo.

3. *La decisión de Avellano*

¿Por qué yazgo aquí?... Yacemos aquí como si tuviéramos alguna posibilidad de gozar de paz... ¿Acaso espero a ser un poco más viejo?

Jenofonte, *Anábasis*

—Pero, Avellano, no creerías en serio que el Conejo Jefe iba a seguir tu consejo, ¿verdad? ¿Qué esperabas?

Atardecía de nuevo y Avellano y Quinto comían fuera del bosque con dos amigos. Zarzamora, el conejo que tenía las puntas de las orejas negras y al que Quinto asustara la noche anterior, había escuchado atentamente la descripción de Avellano del tablón de anuncios y comentó que siempre había tenido la seguridad de que los hombres dejaban esas cosas como señales o mensajes de alguna clase, del mismo modo que los conejos dejaban marcas en pasadizos y agujeros. Era otro vecino, Diente de León, el que con aquel comentario volvía de nuevo al Threarah y su indiferencia ante el temor de Quinto.

—No sé qué esperaba —respondió Avellano—. Nunca antes había estado cerca del Conejo Jefe. Pero pensé: «Bueno, aunque no nos escuche, por lo menos nadie podrá decir después que no hicimos todo lo posible para advertirle.»

—¿Estás seguro, entonces, de que existe de veras algo que debemos temer?

—Estoy completamente seguro. Conozco muy bien a Quinto.

Zarzamora iba a responder cuando otro conejo pasó ruidosamente entre las matas de mercurial perenne del bosque, bajó a trompicones hasta las zarzas de la zanja y trepó por la pendiente. Era Pelucón.

—Hola, Pelucón —dijo Avellano—. ¿Estás fuera de servicio?

—Fuera de servicio, sí —contestó Pelucón—, y es probable que para siempre.

—¿Qué quieres decir?

—He dejado la Owsla, eso quiero decir.

—¿No será por nuestra culpa?

—Ya lo puedes jurar. El Threarah sabe muy bien cómo mostrarse desagradable cuando se le despierta a ni-Frith por lo que él considera un asunto trivial. Desde luego sabe cómo fastidiarte. Supongo que muchos conejos habrían callado y decidido seguir de parte del Jefe, pero yo no sirvo para eso. Le he dicho que al fin y al cabo los privilegios de los Owsla no eran tan importantes para mí y que un conejo fuerte podría arreglárselas perfectamente aunque abandonara la madriguera. Me aconsejó que no fuera impulsivo y que lo pensara, pero no me quedará. Robar lechuga no es mi idea de una vida alegre, ni tampoco hacer guardia ante la madriguera. Me siento de maravilla, te lo aseguro.

—Muy pronto nadie robará lechugas —dijo Quinto en voz baja.

—Oh, tú eres Quinto, ¿verdad? —preguntó Pelucón, fijándose en él por primera vez—. Bien, venía a buscarte. He pensado en lo que le dijiste al Conejo Jefe. Dime, ¿es una especie de tremendo farol para darte importancia o es verdad?

—Es cierto —dijo Quinto—. Ojalá no lo fuese.

—Entonces, ¿vas a abandonar la madriguera?

Todos se sobresaltaron por la brusquedad con que Pelucón fue al grano. Diente de León murmuró: «¡Dejar la madriguera, *Frihtrah!*!», mientras que Zarzamora sacudió las orejas y miró de hito en hito, primero a Pelucón y después a Avellano.

Fue Avellano el que contestó:

—Quinto y yo dejaremos la madriguera esta noche —anunció con decisión—. No sé con exactitud adónde iremos, pero aceptaremos a todo el que quiera acompañarnos.

—Muy bien —dijo Pelucón—, entonces podéis contar conmigo.

Lo último que hubiera esperado Avellano era el apoyo inmediato de un miembro de la Owsla. Se le ocurrió que aunque Pelucón sería sin duda un conejo útil en un apuro, también sería difícil de tratar. Desde luego, no querría hacer lo que le ordenara —ni aun pidiera— un vagabundo. «No me importa que pertenezca a la Owsla —pensó Avellano—. Si nos vamos de la madriguera, no voy a dejar que Pelucón lo dirija todo. Si no, ¿de qué nos serviría marcharnos?» Pero se limitó a decir:

—Bien. Nos alegrará tenerte con nosotros.

Miró a los otros conejos. Todos observaban fijamente ya a Pelucón, ya a él mismo. Zarzamora fue el primero en hablar:

—Creo que iré —dijo—. No sé muy bien si eres tú quien me ha convencido, Quinto, pero sea como sea, en la madriguera hay demasiados machos y esto es muy aburrido para cualquier conejo que no esté en la Owsla. Lo gracioso es que a vosotros os aterra quedaros y a mí me aterra irme. Zorros aquí, comadreas allá, Quinto en medio ¡y adiós a la aburrida quietud!

Arrancó una hoja de pimpinela y la comió despacio, disimulando su miedo como mejor podía; porque todos sus instintos le prevenían contra los peligros del mundo desconocido que había más allá de la madriguera.

—Si lo que Quinto dice es cierto —dijo Avellano—, significa que no debería quedarse aquí ningún conejo. Así que desde ahora y hasta el momento de la marcha deberíamos persuadir a todos los conejos que podamos de que se unan a nosotros.

—Creo que hay uno o dos en la Owsla a los que valdría la pena tantear —dijo Pelucón—. Si los puedo convencer, vendrán conmigo cuando esta noche me reúna con vosotros. Pero no vendrán por lo que dice Quinto. Son jóvenes, insatisfechos como yo. Y para creer a Quinto hay que oírlo a él. A mí me ha convencido. Es evidente que ha recibido una suerte de mensaje, y yo creo en esas cosas. No entiendo cómo no convenció al Threarah.

—Porque al Threarah le disgusta todo aquello que no ha pensado por sí mismo —contestó Avellano—. Pero ahora no podemos perder más tiempo con él. Debemos tratar de reunir más conejos y encontrarnos otra vez aquí, a *fu Inlé*. Y partiremos también a *fu Inlé*: no podemos esperar más. El peligro, sea cual sea, está cada vez más cerca y además, no creo que al Threarah le guste enterarse de que andas intentando reclutar conejos entre los miembros de la Owsla, Pelucón. Y tampoco al capitán Acebo. No les importará perder a desgraciados como nosotros, pero no querrán perder a los de tu clase. Si estuviera en tu lugar, vigilaría con quién hablo.

4. *La marcha*

Y ahora, señor, el joven Fortimbrás,
de carácter fogoso, inquieto y salvaje,
ha ido reuniendo en los alrededores de Noruega,
hurgando aquí y allá, toda una tropa
de vagabundos que por el rancho y la paga
se ponen al servicio de cualquier empresa
que requiera agallas.

Shakespeare, *Hamlet*

Fu Inlé significa «después de salir la luna». Los conejos, por supuesto, no tienen idea de la hora exacta ni de la puntualidad. A este respecto se parecen mucho a los pueblos primitivos, que suelen tardar varios días en reunirse

para algún propósito y luego varios más para darle comienzo. Antes de que estas gentes puedan actuar juntas es necesario que una especie de sensación telepática fluya entre ellas y madure hasta un punto en que todas saben que están listas para empezar. Cualquiera que haya visto a los vencejos y golondrinas en septiembre, congregándose sobre los cables telefónicos, gorjeando, realizando cortos vuelos a solas y en grupos sobre los campos en los que no quedan más que rastros, volviendo para formar hileras cada vez más largas sobre los márgenes amarillentos de los senderos, centenares de individuos mezclándose y juntándose, con creciente excitación, en bandadas que a su vez van reuniéndose desordenadamente hasta crear una enorme escuadra desorganizada, densa en el centro e irregular en los bordes, que se rompe y vuelve a formar continuamente, como las nubes o las olas, hasta aquel momento en que la mayor parte de ellos (pero no todos) saben que ha llegado la hora: levantan el vuelo e inician una vez más el gran viaje hacia el sur al que muchos no sobrevivirán; cualquiera que haya visto esto ha visto cómo fluye entre ellos esa corriente (entre criaturas que se consideran sobre todo parte de un grupo y sólo de modo secundario, si alguna vez llegan a pensarlo, individuos), impulsándolos a agruparse y a actuar al unísono sin pensamiento o voluntad consciente, ha visto en acción al ángel que dirigió la Primera Cruzada a Antioquía y conduce a los lemmings a arrojar al mar.

En realidad, fue más o menos una hora después de salir la luna y mucho antes de medianoche cuando Avellano y Quinto salieron otra vez de su madriguera detrás de las zarzas y se deslizaron silenciosamente por el fondo de la zanja. Con ellos iba un tercer conejo, *Hlao* —Puchero—, un amigo de Quinto. (*Hlao* significa cualquier pequeña concavidad en la hierba donde puede acumularse la humedad, como el hoyuelo formado por un diente de león o el cáliz de un cardo.) Él también era pequeño y más bien tímido, y Avellano y Quinto habían pasado la mayor parte de su última tarde en la madriguera convenciéndole para que se uniera a ellos. Puchero había accedido con no pocos reparos. Seguía poniéndole muy nervioso pensar en lo que podría sucederles cuando dejaran la madriguera y había decidido que lo mejor para evitar problemas sería no separarse de Avellano y hacer exactamente lo que éste dijera.

Estaban todavía en la zanja cuando Avellano oyó un movimiento arriba. Alzó en seguida la mirada.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Diente de León?

—No, soy Pico de Halcón —dijo el conejo asomándose por la zanja. Bajó de un salto y aterrizó con todo su peso entre ellos—. ¿Te acuerdas de mí, Avellano? Estuvimos en la misma conejera durante la nevada del invierno pasado. Diente de León me ha dicho que vais a abandonar la madriguera esta noche. Si es así, iré con vosotros.

Avellano recordaba a Pico de Halcón, un conejo más bien lento y estúpido cuya compañía durante los cinco días que estuvieron bloqueados bajo tierra por la nieve había sido ciertamente aburrida. Pero pensó que ése no era momento de andarse con melindres. Aunque Pelucón lograra convencer a alguno, la mayoría de los conejos que se unirían a ellos no procederían de la Owsla. Serían vagabundos que lo pasaban mal y no sabían cómo mejorar su situación. Repasaba mentalmente a algunos de éstos cuando apareció Diente de León.

—Creo que cuanto antes salgamos, mejor —dijo Diente de León—. No me gusta cómo pintan las cosas. Después de convencer a Pico de Halcón de que se uniera a nosotros, he seguido por el corredor con intención de hablar con algunos más y de pronto he descubierto que el tal Linaria me había seguido. «Quiero saber qué estás tramando», me ha dicho y no me ha creído cuando le he explicado que sólo intentaba averiguar si había algún otro conejo que quisiera abandonar la madriguera. Me ha preguntado si no estaría urdiendo un complot contra el Threarah y se ha mostrado muy furioso y suspicaz. Si he de decirte la verdad, me he asustado, de modo que sólo he traído a Pico de Halcón y no he buscado más.

—No te preocupes —dijo Avellano—. Conociendo a Linaria, me extraña que no te diera un puñetazo primero y te preguntara después. De todos modos, esperemos un poco más. Zarzamora no tardará en llegar.

Pasó el tiempo. Permanecieron agazapados en silencio mientras las sombras de la luna se desplazaban hacia el norte sobre la hierba. Por fin, justo cuando Avellano estaba a punto de bajar corriendo la pendiente hasta la madriguera de Zarzamora le vio salir de su agujero, seguido nada menos que por tres conejos. Avellano conocía bien a uno de ellos, Espino Cerval. Se alegró de verle, porque sabía que era

un tipo duro y resuelto al que se consideraba candidato seguro para ingresar en la Owsla en cuanto alcanzara el peso.

«Pero supongo que está impaciente —pensó Avellano—, o quizá ha perdido alguna pelea por una coneja y está resentido. Bueno, con él y Pelucón, por lo menos no saldremos mal parados si nos vemos envueltos en una pelea.»

No reconoció a los otros dos conejos y, cuando Zarzamora le dijo sus nombres —Verónica y Bellota—, se quedó como antes. Pero no era extraño, porque se trataba de vagabundos típicos, flacos conejillos de seis meses, con el aspecto tenso y precavido de quien está acostumbrado a recibir golpes. Miraron a Quinto con curiosidad. Por lo que les había contado Zarzamora, casi esperaban encontrar a Quinto presagiando una catástrofe con palabras poéticas. En lugar de eso, les pareció más tranquilo y normal que el resto. La certeza de la marcha había quitado un peso de encima a Quinto.

El tiempo pasaba lentamente. Zarzamora fue a revolcarse en los helechos y luego regresó a la cima de la pendiente, inquieto y presto a echar a correr al menor ruido. Avellano y Quinto se quedaron en la zanja, mordisqueando distraídamente la hierba oscura. Por fin Avellano oyó lo que estaba esperando oír: un conejo —¿o eran dos?— se acercaba desde el bosque.

Poco después Pelucón estaba en la zanja. Le seguía un conejo robusto y de aspecto enérgico que debía de tener algo más de doce meses. Toda la madriguera le conocía de vista porque su pelaje era gris, con manchas casi blancas que ahora, mientras se sentaba en silencio y se rascaba, relucían a la luz de la luna. Era Plateado, un sobrino del Threarah, que cumplía su primer mes en la Owsla.

Avellano no pudo evitar sentirse aliviado porque Pelucón sólo hubiera traído a Plateado, un tipo tranquilo y sincero que no acababa de encontrar su sitio entre los veteranos. Cuando Pelucón había hablado de tantear a los Owsla, Avellano se había sentido dividido. Era más que probable que les acecharan peligros fuera de la madriguera y necesitarían buenos luchadores. Pero si Quinto tenía razón, debían recibir de buen grado a cualquier conejo que estuviera dispuesto a unirse a ellos. Por otra parte, no tenía mucho sentido buscar la compañía de conejos que se comportaran como Linaria.

«No sé dónde acabaremos al final —pensó Avellano—, pero sea dónde sea, no permitiré que molesten y maltraten

a Puchero y Quinto hasta el punto de que estén dispuestos a correr cualquier riesgo sólo para salir de allí. Pero ¿lo verá Pelucón de la misma manera?»

—Conoces a Plateado, ¿verdad? —preguntó Pelucón, interrumpiendo sus pensamientos—. Al parecer, algunos de los más jóvenes de la Owsla han estado metiéndose con él, burlándose de su pelo, y dicen que si ha conseguido ese puesto es sólo gracias al Threarah. Pensaba que podría convencer a alguno más, pero supongo que en la Owsla casi todos se encuentran muy bien donde están.

Miró alrededor.

—Veo que no somos muchos. ¿Crees que merece la pena seguir con esto?

Plateado parecía estar a punto de hablar cuando de improviso se oyeron pasos entre la maleza y otros tres conejos saltaron al margen desde el bosque. A diferencia de los conejos que ahora se encontraban en la zanja, se movían con decisión y seguridad. El más grande de los recién llegados iba al frente y los otros dos le seguían, como obedeciendo órdenes. Avellano, intuyendo en seguida que no tenían nada en común con él y sus compañeros, dio un respingo y se incorporó, tenso. Quinto le susurró al oído:

—Oh, Avellano, han venido a... —pero no terminó la frase.

Pelucón se volvió hacia los intrusos y los miró de hito en hito, moviendo muy deprisa la nariz. Los tres fueron directos hacia él.

—¿Thlayli? —preguntó el jefe.

—Sabes perfectamente quién soy —replicó Pelucón—, y yo también te conozco, Acebo. ¿Qué quieres?

—Estás arrestado.

—¿Arrestado? ¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

—Por promover la disensión e incitar al motín. Plateado, tú también estás detenido por no haber presentado tu informe a Linaria esta noche y haber delegado tus deberes en un camarada. Ambos tenéis que acompañarme.

Inmediatamente, Pelucón se abalanzó sobre él, arañando y pateando. Acebo se defendió, y sus seguidores se acercaron, buscando una abertura para incorporarse a la pelea e inmovilizar a Pelucón. De repente, desde lo alto de la pendiente, Espino Cerval se tiró de cabeza a la refriega, derribó a uno de los guardas con un golpe de las patas traseras y empezó a luchar con el otro. Un momento después le si-

guió Diente de León, que aterrizó sobre el conejo que Espino Cerval había pateado. Los dos guardas retrocedieron, echaron una ojeada alrededor y subieron a saltos por la pendiente en dirección al bosque. Acebo se desasíó de Pelucón y se agazapó sobre las patas traseras, frotándose las patas delanteras y gruñendo como suelen hacer los conejos furiosos. Iba a hablar cuando Avellano se le encaró.

—Vete —dijo Avellano con calma pero con firmeza—, o te mataremos.

—¿Sabes qué significa esto? —replicó Acebo—. Soy capitán de la Owsla. Lo sabes, ¿verdad?

—Vete —repitió Avellano—, o morirás.

—Los que moriréis seréis vosotros —contestó Acebo. Y sin más, dio media vuelta, subió por la pendiente y desapareció en el bosque.

A Diente de León le sangraba el hombro. Se lamió la herida unos momentos y entonces se volvió a Avellano.

—No tardarán en volver, lo sabes, ¿verdad? —dijo—. Han ido a reunir a los Owsla, y cuando vuelvan lo pasaremos mal.

—Deberíamos marcharnos en seguida —dijo Quinto.

—Sí, ha llegado la hora —respondió Avellano—. Vamos, bajemos al río. Luego seguiremos por la orilla... así será más fácil mantenernos juntos.

—Si quieres un consejo... —empezó Pelucón.

—No creo que los consejos me sirvan de gran cosa si no nos marchamos en seguida —contestó Avellano.

Abrió la marcha, con Quinto a su lado, y salieron de la zanja y bajaron por la pendiente. En menos de un minuto, la pequeña compañía de conejos desapareció en la noche, bajo la tenue luz de la luna.